

Última oportunidad para Irak.  
*Surge* y estrategia de salida

José Luis Calvo Albero

Athena Intelligence Journal

Vol. 3, No 2

Abril - Junio de 2008

[www.athenaintelligence.org](http://www.athenaintelligence.org)

**Athena Intelligence**

*Red de Investigación Avanzada  
en Insurgencia y Terrorismo*



## Última oportunidad para Irak. Surge y estrategia de salida

José Luis Calvo Albero

### Resumen:

Tras años de deterioro progresivo de la situación en Irak, la aplicación de un nuevo enfoque estratégico ha conseguido, por primera vez, una reducción significativa de la violencia, y una cierta esperanza de vuelco en la situación. Sobre el terreno este nuevo enfoque se ha materializado en la denominada Surge, un incremento de tropas, acompañado de una actitud táctica más agresiva, y una mayor interacción con los actores locales. Pese a que los resultados han sido alentadores, aunque frágiles, no puede olvidarse que la Surge fue concebida como estrategia de salida, para lograr una mejora en la situación que permitiese un repliegue progresivo, pero sustancial de unas fuerzas norteamericanas exhaustas tras cinco años de conflicto. Por eso su éxito depende de conseguir transferir la responsabilidad del conflicto a un gobierno iraquí suficientemente fuerte y estable.

### Abstract:

After years of a progressively deteriorating situation in Iraq, the implementation of a new strategic approach has produced a significant reduction in the level of violence, and a certain hope of achieving a dramatic change in the situation. On the ground, this new approach has been implemented through the Surge, an increase in the number of troops applied together with a more aggressive tactical attitude, and a enhanced interaction with local actors. The results, even though fragile, have been encouraging, but it is necessary to keep in mind that the Surge was conceived as an exit strategy, aimed to achieve an improvement in the situation enough to justify a progressive, but substantial, withdrawal of the deployed American troops, exhausted after five years of war. That is why its success depends on a successful transference of responsibility to a Government of Iraq strong and stable enough, capable of dealing with the continuation of the conflict.

**Palabras clave:** Surge, Irak, Petraeus, yihadismo, estrategia de salida, **Key Words:** Surge, Iraq, Petraeus, jihadism, exit strategy, counterinsurgency, contrainsurgencia

**José Luis Calvo** es Teniente Coronel de Infantería del Ejército de Tierra. Diplomado en Estado Mayor, sus últimos destinos incluyen la Escuela de Guerra del Ejército, como profesor de Estrategia, el Mando de Adiestramiento y Doctrina y el Cuartel General de Despliegue Rápido italiano en la OTAN. Ha participado en operaciones en el exterior en Bosnia-Herzegovina (1995 y 2002) y Afganistán (2005-2006). Colaborador en publicaciones, cursos y seminarios relacionados con estrategia y defensa con las universidades de Granada, Barcelona y Carlos III de Madrid. Colabora también habitualmente con la revista Ejército de Tierra, el Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE) y el Real Instituto Elcano. Es autor de *La doctrina militar terrestre norteamericana* (Publicaciones de Defensa, 2003) (Premio Hernán Pérez del Pulgar 2002) y coautor con Javier Jordán de *El nuevo rostro de la guerra* (EUNSA, 2005) y con Félix Vacas Fernández de *El conflicto de Chechenia* (Instituto Francisco de Vitoria, 2003) (Premio Defensa 2004). Fue también colaborador en la *Enciclopedia del Arte de la Guerra*, dirigida por Antonio Martínez Teixedo. Ha escrito numerosos artículos en publicaciones militares (primer premio Revista Ejército en 1999 y 2006) y en obras colectivas. Autor también del capítulo sobre Irak en los Panoramas Estratégicos de 2004 y 2005 del IEIEE y el Real Instituto Elcano. E-mail: [jcalvo@athenaintelligence.org](mailto:jcalvo@athenaintelligence.org)

Tras años de deterioro progresivo en la situación de Irak, la adopción de un nuevo enfoque estratégico, que se ha materializado tanto en la famosa “*Surge*”<sup>1</sup> como en una frenética actividad diplomática norteamericana en toda la región, ha permitido crear la impresión de un cierto vuelco en la situación. Por primera vez en cinco años se ha conseguido reducir el nivel de violencia de forma apreciable, y durante un periodo de tiempo razonablemente largo. Y también por primera vez se ha podido identificar una línea estratégica clara y realista, aunque quizás tardía.

En cualquier caso, la *Surge* ha generado ciertos interrogantes sobre su objetivo real. Si bien ha sido frecuentemente presentada como un esfuerzo definitivo, orientado a conseguir una situación final aceptable para el conflicto, muchos de sus elementos apuntan en realidad hacia una estrategia de salida. Un esfuerzo limitado para justificar un repliegue militar progresivo que casi todos los responsables políticos y militares en Washington consideran ya inevitable.

### **1. La naturaleza del enemigo**

En los primeros meses del conflicto, las tropas norteamericanas tenían que combatir contra una insurgencia principalmente organizada por los restos del régimen baazista, y por los grupos tribales sunníes que constituían su apoyo tradicional. Los combatientes eran ex militares, miembros de los servicios de inteligencia, voluntarios tribales y una minoría de combatientes extranjeros agrupados en torno al grupo *Ansar al Islam* en el norte del país. La insurgencia se apoyaba en gran medida en la porosa frontera de Siria para sus operaciones, que consistían básicamente en hostigamientos y emboscadas contra las tropas ocupantes, así como en sabotajes a las infraestructuras. Los insurgentes gozaron pronto del apoyo de organizaciones yihadistas internacionales, que proporcionaron nuevas fuentes de reclutamiento y financiación, y aportaron su sello brutal a las acciones de la insurgencia. El terrorismo más indiscriminado hizo acto de presencia en el conflicto, y terminó por convertirse en su imagen más habitual.

La situación de caos relativo tras el derrocamiento del régimen de Sadam provocó también un incremento de la delincuencia común, que en ocasiones entraba en una relación de simbiosis con la insurgencia, de la que costaba diferenciarla. Mientras tanto, la población se mantenía relativamente tranquila, aunque algunos signos hacían sospechar que esa calma escondía en realidad un auténtico polvorín.

En 2004 – 2005, la integración entre grupos sunníes locales y organizaciones yihadistas se hizo más estrecha, y la insurgencia sunní fue perdiendo en parte su aspecto reivindicativo del régimen baazista, adquiriendo un perfil más relacionado con la religión y la yihad global. No cabe duda de que se trataba de una estrategia de conveniencia, pues la mayoría de los insurgentes seguían siendo iraquíes y miembros de las tribus locales. Pero las capacidades de reclutamiento, financiación y explotación mediática de las redes yihadistas eran muy atractivas, y su poder en el

---

<sup>1</sup> El término “*Surge*” podría traducirse por crecida u oleada, aunque en inglés militar tiene un significado más ofensivo. Por eso en este documento se utiliza el término original en inglés.

interior del movimiento insurgente creció, lo que inevitablemente condujo también a los primeros roces con los líderes locales.

Al mismo tiempo, algo se movía en las zonas es. Inicialmente fue el creciente poder de los seguidores del joven clérigo Moqtada Al Sadr, organizados en milicias armadas, y que protagonizaron una auténtica sublevación contra las fuerzas de la coalición en la primavera de 2004. Pero otros grupos aparentemente más discretos, como las tradicionales milicias Badr, entrenadas en Irán en tiempos de Sadam Hussein, comenzaban también a hacer acto de presencia, y a marcar con fuerza sus zonas de influencia.

Al contrario que los grupos sunníes, las milicias shííes tenían muy poca experiencia militar, con excepción de las minoritarias milicias Badr, lo que motivó que sufrieran auténticas masacres en sus enfrentamientos iniciales con las tropas norteamericanas. Pero, pese a su inexperiencia, demostraron ser un enemigo potencialmente mucho más peligroso por su enorme poder de convocatoria y movilización popular, especialmente en el caso del Ejército del Mahdi de al Sadr.

A lo largo de 2004 la provincia de Al Anbar, en el oeste del país, se convirtió en el santuario de la insurgencia, especialmente las ciudades de Fallujah y Ramadi. La ofensiva norteamericana de noviembre de 2004 desalojó a los insurgentes en la primera, mientras que una sucesión de ofensivas limitadas a lo largo de 2005 limpiaban otros de sus santuarios a lo largo del curso alto del Eúfrates. Los insurgentes se movieron en gran número hacia el norte, a las ciudades de Mosul y Tal Afar, donde establecieron nuevos puntos fuertes.

A lo largo de 2005, la situación se deterioró en gran medida ya que las milicias shííes comenzaron a mostrarse muy activas, especialmente en la capital, y también en otros puntos del sur, como la ciudad de Basora, que hasta entonces habían permanecido relativamente tranquilas. Comenzó a producirse el preocupante fenómeno de las ejecuciones masivas de civiles, especialmente en Bagdad. Milicias shííes y sunníes eliminaban a los miembros de la otra confesión de sus zonas de influencia, y la aparición de decenas de cadáveres maniatados cada mañana se convirtió en escena habitual en muchos barrios.

En el seno de la insurgencia sunní las tensiones entre yihadistas y grupos tribales se agudizaron, comenzando a producirse enfrentamientos armados, sobre todo en Al Anbar. La figura del jordano Al Zarqawi, que se integró públicamente en al-Qaida en 2004, acaparaba la atención mediática, causando la impresión de que toda la insurgencia sunní era parte del yihadismo global, una imagen que favorecía en realidad los intereses norteamericanos, y que era rechazada por los elementos insurgentes más nacionalistas. El extremismo de los yihadistas, sus atentados indiscriminados contra civiles de cualquier confesión, y sus intentos por imponer una rígida observancia religiosa, no demasiado popular en la relativamente secularizada sociedad iraquí, ahondaron las diferencias entre las dos ramas del movimiento insurgente.

La destrucción de la mezquita de al- Askari en Samarra en febrero de 2006 fue el detonante para que se declarara una guerra civil soterrada que afectó especialmente a la capital. Las milicias shíies obtuvieron rápidamente ventaja, dada su mayor presencia en Bagdad. Y se convirtieron también en el adversario más letal para las tropas norteamericanas, gracias a un adiestramiento mejorado, y a la aparición de IEDs perfeccionados, entre ellos los tristemente famosos EFPs<sup>2</sup>, probablemente fabricados en Irán, que podían destruir cualquier vehículo blindado, matando a todos sus tripulantes.

Los yihadistas respondían a las ejecuciones masivas de civiles sunnís con atentados brutales en zonas shíies, normalmente en mercados, mezquitas y estaciones de autobuses. Pero la nueva situación paradójicamente debilitó aún más los lazos entre yihadistas e insurgentes locales, causando así un efecto contrario al que se pretendió lograr con la destrucción de la mezquita de Al Askari. Las tribus sunnís se encontraban con que habían sufrido un fuerte desgaste en los años de lucha contra las tropas norteamericanas, estaban perdiendo la batalla contra unas milicias shíies cada vez más potentes, y además se encontraban progresivamente más controladas por grupos terroristas que aplicaban acciones disparatadas dentro de una estrategia suicida. El movimiento del “Despertar sunní” comenzó a tomar forma y a los diversos frentes del conflicto armado iraquí se sumó uno nuevo entre yihadistas y grupos nacionalistas-tribales sunnís. Incluso grupos sunnís teóricamente próximos a los planteamientos yihadistas, como el Ejército Islámico de Irak, terminaron por dar la espalda a al-Qaida y sus líderes.<sup>3</sup>

Así pues, el enemigo principal para las fuerzas norteamericanas en Irak había evolucionado desde la original insurgencia sunní – baazista hacia un modelo más próximo al yihadismo, para después inclinarse progresivamente hacia las milicias shíies apoyadas por Irán. Y esto explicado como una tendencia a grandes rasgos, pues la realidad es mucho más compleja, ya que facciones de todos los grupos anteriores siguen combatiendo simultáneamente contra las tropas norteamericanas y entre sí.

Paradójicamente, la enorme fragmentación de los enemigos reales y potenciales suponía inicialmente una gran ventaja para los ocupantes, vista al menos desde la perspectiva de la estrategia militar clásica. Fueron esas situaciones de fragmentación las que permitieron a ejércitos occidentales ridículamente pequeños conquistar vastos territorios como la India o América en la etapa colonial. Pero para ello hay que aplicar una estrategia basada en el *divide et impera*, que de puro pragmática tiende a convertirse en cínica. Y eso resulta difícil para las modernas democracias

---

<sup>2</sup> IED (Improvised Explosive Device; Artefacto Explosivo Improvisado). Se denomina así cualquier artefacto explosivo de fabricación casera, o realizado a partir de municiones reglamentarias, normalmente con un sistema de activación a distancia. El EFP (Explosively Formed Penetrator) es un IED muy perfeccionado que incluye una carga cónica recubierta de cobre, que al hacer explosión crea un “dardo” de cobre fundido que puede penetrar casi cualquier blindaje. Los EFP incluyen también sistemas de activación combinados de radiofrecuencias e infrarrojos, y se sospecha que se fabrican masivamente en Irán.

<sup>3</sup> Javier Jordán. “La insurgencia yihadista en Irak: del sueño del califato a la marginalidad takfir?”. *Athena Assessment* Enero 2008. <http://www.athenaintelligence.org/insurgenciairak.pdf>

occidentales, cuyas opiniones públicas esperan que sus fuerzas armadas apliquen unos criterios de actuación más éticos en los conflictos en los que intervienen.

## **2. La evolución de la estrategia militar norteamericana**

La estrategia militar norteamericana a lo largo de los cinco años de conflicto ha sufrido diversas reorientaciones. Inicialmente la idea principal era la de una intervención rápida y poco costosa, de acuerdo con las ideas de Donald Rumsfeld acerca de que la guerra podía financiarse a sí misma, lo que explica el reducido número de fuerzas inicialmente empeñadas, la masiva presencia de contratistas civiles y el interés prioritario demostrado por salvaguardar las instalaciones petrolíferas. Este enfoque, más empresarial que militar, era totalmente contrario a la anterior “Doctrina Powell”, que enfatizaba la necesidad de un esfuerzo militar máximo a la hora de iniciar un conflicto, para obtener resultados decisivos en el menor tiempo posible.

Cuando se hizo evidente que las infraestructuras del país estaban en condiciones mucho peores que las esperadas, la insurgencia comenzó a revelarse en toda su magnitud, y se comprobó que las contribuciones militares de los aliados iban a ser muy escasas, comenzó a pensarse en una mayor implicación norteamericana. Pero se había perdido ya un tiempo precioso. Los atentados terroristas, que neutralizaron la entrada de las agencias de Naciones Unidas en el país, y con ellas de la mayor parte de las organizaciones no gubernamentales, fueron otro golpe para los planes norteamericanos, que comprendieron que deberían asumir tanto la seguridad como la reconstrucción del país casi en solitario.

En noviembre de 2003 se hizo pública la decisión de acelerar la transferencia de autoridad a un gobierno interino iraquí. En términos prácticos este fue el momento en el que EEUU comenzó a plantear su estrategia de salida, centrando a partir de entonces todo su esfuerzo en transferir progresivamente las responsabilidades del conflicto a las autoridades iraquíes. El papel de las fuerzas norteamericanas consistiría en mantener a la insurgencia a raya mientras se desarrollaban las instituciones del país. Algo no demasiado fácil puesto que el proceso de desbaazificación había significado también el desmantelamiento práctico de toda la estructura estatal, incluidos el ejército y las fuerzas de seguridad.

Pese al incremento de las acciones de la insurgencia, la actitud de las tropas norteamericanas fue principalmente defensiva, y extrañamente pasiva. De hecho, en la primavera de 2004 la iniciativa estaba totalmente en manos de los insurgentes, que controlaban ciudades como Fallujah, así como barrios enteros de Bagdad; y habían convertido en un infierno las carreteras de acceso a la capital. Las malas relaciones entre el general Ricardo Sánchez y el administrador Paul Bremer afectaron enormemente a la coordinación de la reconstrucción con las operaciones militares. Y la idea predominante seguía siendo una implicación militar mínima de EEUU, esperando que la captura de los líderes del régimen de Sadam y la cesión de autoridad a un gobierno interino iraquí debilitasen las acciones insurgentes.

En junio de 2004 Paul Bremer y Ricardo Sánchez fueron relevados, un gobierno interino iraquí asumió importantes parcelas de poder y el general George Casey se hizo cargo de las operaciones en Irak. Pronto adoptó un enfoque más agresivo gracias a un mayor refuerzo de medios, llegados en parte para mantener la situación bajo control durante las elecciones presidenciales de EEUU en noviembre de 2004.

La estrategia de Casey se concentró por un lado en eliminar los reductos rebeldes mediante operaciones de cierta envergadura, en las que se intentaba implicar en lo posible al naciente ejército iraquí. El entrenamiento y equipamiento adecuado de este nuevo ejército nacional se convirtió en una de las prioridades principales. Por otro lado, la Fuerza Multinacional de Irak (MNF-I) debía apoyar la celebración en razonables condiciones de normalidad de un complejo proceso político, que implicaba la aprobación de una nueva constitución y una doble convocatoria electoral en apenas un año.

En el primero de los objetivos Casey consiguió buenos resultados, aunque a costa de un apreciable número de bajas. Se lanzaron operaciones con éxito contra Fallujah y Samarra en 2004, y contra Mosul, Tal Afar y el rosario de ciudades sobre el curso alto del Eúfrates en 2005. Pese a que se consiguió debilitar a la insurgencia sunní, no se pudo estabilizar la situación en la capital, ni frenar el creciente poder de las milicias shiíes. El ejército iraquí actuó bien en ocasiones, aunque siempre a la sombra de las unidades norteamericanas. Pero la ola de violencia que siguió a la destrucción de la mezquita de al-Askari malogró en gran parte los planes de Casey para transferir mayores responsabilidades a las fuerzas iraquíes.

Los pasos sucesivos del proceso político se llevaron a cabo con un éxito sorprendente, apoyado por un incremento de tropas norteamericanas cada vez que se debía celebrar una consulta electoral. En enero de 2006 el país disponía de una nueva constitución, y se habían celebrado elecciones para la creación de un gobierno efectivo. Pero el éxito aparente de cada uno de los eventos políticos no se correspondía con el del proceso en general. Gran parte del año 2006 estuvo marcado por interminables negociaciones, acuerdos y rupturas para formar gobierno, y por los intentos norteamericanos para que todas las facciones religiosas y étnicas estuviesen representadas. El resultado fue el gobierno de Al Maliki, un shíi vinculado al partido Dawa, tradicionalmente apoyado por Irán, que dependía peligrosamente de los diputados del grupo de Al Sadr. Los grupos sunníes se negaban a colaborar con él, y los kurdos lo miraban con recelo. Una combinación que no auguraba nada bueno para los intereses norteamericanos.

Los últimos meses del mando de Casey contemplaron resultados mixtos. Por un lado las milicias shiíes sembraban el caos en Bagdad y habían arrinconado a los británicos en Basora. Al-Qaida en Irak respondía con atentados cada vez más brutales, pese a la muerte de su líder Al-Zarqawi, y ni las fuerzas de seguridad iraquíes, ni el gobierno de al-Maliki parecían capaces de emprender acciones energéticas contra ningún grupo armado, y mucho menos contra las milicias shiíes, de cuyos líderes dependía la propia estabilidad del gobierno.

Pero, por otro lado, el Despertar sunní contra los grupos yihadistas brindaba importantes oportunidades. Hacía meses que los norteamericanos mantenían contactos con los grupos insurgentes tribales. De hecho, ya en 2004 algunos grupos habían hecho frente a al-Qaida en Irak con ayuda norteamericana en la ciudad de Al Qaim, pero habían sido aniquilados por la reacción de las tribus leales a los yihadistas<sup>4</sup>. La integración de algunos grupos sunníes en los procesos electorales en 2005 permitió consolidar los canales de comunicación ya abiertos.

La rebelión de las tribus contra al-Qaida y sus seguidores podía cerrar momentáneamente uno de los frentes principales, permitiendo la concentración de la mayor parte de las fuerzas norteamericanas en la estabilización de Bagdad, y la neutralización de las milicias chiítas. A partir de septiembre de 2006, la colaboración entre algunos grupos insurgentes y las tropas norteamericanas era ya un hecho. El debilitamiento general de la insurgencia en Al Anbar, después de casi dos años de ofensivas norteamericanas permitió a las tribus zafarse de los grupos yihadistas sin temor a sufrir una respuesta devastadora. Muchos grupos insurgentes se reconvirtieron en milicias, denominadas en su conjunto Hijos de Irak que colaboraban con las tropas norteamericanas a cambio de un salario.

Fue precisamente entonces cuando comenzó a sentirse la necesidad de un cambio estratégico para superar la situación de estancamiento político y militar. A ello contribuyó en gran medida la victoria demócrata en las elecciones legislativas de 2006, y la cercanía de las elecciones presidenciales de 2008. Era preciso mitigar de algún modo la sensación de fracaso en Irak, que podía conducir a una retirada prematura (ya solicitada por algunos líderes demócratas), señalar a la Administración Bush con el estigma de la derrota y arruinar las posibilidades republicanas en las elecciones presidenciales de 2008.

Se organizaron grupos de estudio que comenzaron a extraer conclusiones. El informe Baker-Hamilton ponía el acento en la necesidad de un esfuerzo diplomático en la región, que no excluyese ni a Siria ni a Irán, actores clave para el mantenimiento de la insurgencia. Por otra parte, un informe encargado por el propio Presidente Bush al historiador Frederick Kagan y el general Jack Keane proponía un aumento temporal de tropas y una actitud más ofensiva para estabilizar la situación, especialmente en Bagdad; dando al gobierno iraquí un cierto respiro para lograr un mayor grado de consenso político y mostrar más energía en la lucha contra las milicias.

La dimisión de Donald Rumsfeld a finales de 2006 permitió también renovar gran parte de los mandos militares a cargo de la campaña hasta entonces. El general John Abizaid, jefe del Mando Central desde 2003 fue sustituido por el almirante William Fallon, y el general Casey reemplazado por David Petraeus, un general con una gran reputación en operaciones y doctrina contra-insurgencia. La renovación de personal permitió una mayor libertad de acción para modificar la estrategia militar aplicada sobre el terreno y abrió el camino hacia la *Surge*.

---

<sup>4</sup> Malkasian, Carter. (2008) "Did the United States Need More Forces in Iraq? Evidence from Al Anbar". *Defence Studies*, 8:1, 78-104



### 3. Los efectos de la guerra sobre las fuerzas armadas de EEUU.

A día de hoy el conflicto iraquí se prolonga por cinco años y dos meses. Una duración similar a la del periodo de mayor implicación norteamericana en Vietnam, entre finales de 1964 y 1970. Las bajas sufridas por las fuerzas norteamericanas en Irak no pueden compararse a las de Vietnam: unos 4.100 muertos y 30.000 heridos, frente a los 58.000 muertos y más de 150.000 heridos en el conflicto vietnamita. Las pérdidas de material son también incomparablemente menores. Baste como ejemplo recordar que EEUU perdió en Vietnam unos 8.000 aviones y helicópteros, mientras que las pérdidas de esos aparatos en Irak no llegan a los dos centenares, la mayoría debidas a accidentes.

Y sin embargo, las fuerzas armadas norteamericanas se encuentran actualmente en un estado de saturación que en Vietnam solo llegó a producirse a partir de 1968. Y no se trata solo de especulaciones de la prensa, sino de informes del propio Pentágono<sup>5</sup>. Sencillamente, las fuerzas armadas no pueden sostener por mucho tiempo el actual esfuerzo bélico sin sufrir serios problemas estructurales.

La razón para esta aparente paradoja está en el modelo de fuerzas armadas actual por comparación al existente en Vietnam. En aquella época el personal procedía en gran número del reclutamiento forzoso, mientras que hoy en día es totalmente voluntario, y el total de efectivos en servicio se ha visto también muy reducido. En 2007 representa aproximadamente la mitad del que servía en la época de Vietnam. Como consecuencia, y pese a que el despliegue en Irak y Afganistán no ha llegado a las cifras de Vietnam<sup>6</sup>, ha supuesto un esfuerzo igualmente agotador. Probablemente más, puesto que al no contarse con la capacidad de renovación anual de personal que representaba el reclutamiento obligatorio, los turnos de servicio se han concentrado sobre un número de efectivos considerablemente menor. Así, mientras que en Vietnam sólo algunos profesionales desplegaron durante más de un turno de servicio de un año, las cifras actuales son mucho más elevadas. De los 683.330 soldados del Ejército (incluyendo Guardia Nacional y Reserva) desplegados en Irak y Afganistán entre 2001 y finales de 2006, 163949, esto es prácticamente un 25%, habían realizado más de un periodo de servicio.<sup>7</sup>

Las frecuentes rotaciones de unidades a Irak y Afganistán suponen una presión bastante considerable sobre los militares y sus familias, lo que se traduce en unas mayores tasas de abandono de la profesión militar, y también en dificultades de reclutamiento, que tocaron techo en 2005. Actualmente los objetivos de reclutamiento se han alcanzado de nuevo, pero a costa de reducir los requisitos para el ingreso en las fuerzas armadas, lo que ha hecho disminuir la calidad del personal

---

<sup>5</sup> "War Demands Strain Military Readiness". *Associated Press* February 09 2008  
<http://www.military.com/NewsContent/0,13319,161717,00.html>

<sup>6</sup> . Los efectivos norteamericanos en Irak han oscilado siempre entre los 130.000 y los 160.000. En Vietnam, el máximo de efectivos desplegados fue de 543.000 en Marzo de 1969. "The US Army in Vietnam". <http://www.history.army.mil/books/amh/AMH-28.htm>

<sup>7</sup> Tan, Michelle. "Deployment Data underscore the strain of combat operations". *Army Times*. Dec 06. <http://www.armytimes.com/legacy/new/1-292925-2395712.php>

alistado. La presión sobre las unidades para mantener los niveles de fuerza en Irak se ha visto también incrementada por las crecientes necesidades de las operaciones en Afganistán. De los 12.000 efectivos norteamericanos desplegados en 2001 en el país centroasiático se ha pasado hoy en día a más de 30.000<sup>8</sup>. Todo este cúmulo de circunstancias negativas obligó en Abril de 2007 a incrementar los turnos de servicio en Irak y Afganistán a 15 meses en lugar de 12. Por si fuera poco, miles de veteranos del Ejército desplegados en ambos escenarios han sido retenidos más allá del tiempo límite de su contrato, y hasta que finalicen su turno de despliegue<sup>9</sup>.

Todos estos problemas han aumentado la presión sobre el personal militar hasta un límite insostenible a medio plazo, como no deja de recordar el General Casey, ahora Jefe de Estado Mayor del Ejército. Pero, por otro lado, estas medidas extremas han proporcionado también ventajas operativas innegables que se explicarán en mayor detalle en el siguiente apartado.

En cuanto al material, las cantidades de equipo pesado perdido en combate son muy limitadas. Pero el desgaste sufrido por vehículos, armas y equipos durante cinco años de campaña ha dejado a muchos de ellos inutilizables. La amenaza de los IED ha obligado además a gastar enormes sumas, primero en blindar los vehículos ligeros Humvee, y después en adquirir otros más resistentes como los nuevos MRAP<sup>10</sup>. Con todo, el gasto no sería un problema para las fuerzas armadas norteamericanas si no se encontrasen en un momento de transición especialmente delicado. Estaba planeado un cambio radical de equipo para la siguiente década, basado en el Future Combat System (FCS), todavía en experimentación. Las grandes cantidades de dinero empleadas en reparar o sustituir los actuales sistemas de armas han retrasado el desarrollo de los equipos FCS, que a su vez están demasiado poco experimentados como para poder emplearse en la actualidad como medios fiables de combate. En definitiva, un círculo vicioso que ha retrasado en varios años la adopción de una nueva generación de equipos de combate revolucionarios.

En cualquier caso la capacidad militar de EEUU para mantener los niveles de fuerzas habituales en Irak está llegando a su límite. Por eso, el incremento de efectivos que implicaba la *Surge* no solo fue considerado siempre como temporal, sino como la antesala de una reducción sustancial de fuerzas en el teatro iraquí, que permitiese aliviar la presión sobre las sobrecargadas unidades de combate. En resumidas cuentas, un último esfuerzo para lograr una situación lo suficientemente estable como para que esa reducción pudiese realizarse sin sospecha del fracaso. Y también para que se iniciase antes de las elecciones presidenciales de 2008, liberando al próximo presidente de la responsabilidad que suponía el que una de sus primeras decisiones fuese la de iniciar el repliegue.

---

<sup>8</sup> “3200 Marines to Deploy to Afghanistan in Spring”. *The Washington Post*, January, 16, 2008

<sup>9</sup> La prolongación del tiempo de servicio puede hacerse según el programa denominado “stop-loss”, diseñado para evitar pérdida de personal esencial cuando la seguridad nacional está amenazada. Barnes, Julian E. “US Army’s “Stop Loss” Orders Up Dramatically Over Last Year”. *Los Angeles Times*. May, 9, 2008

<sup>10</sup> MRAP (Mine Resistant Ambush Protected). El MRAP es un programa para la fabricación de vehículos de diversas utilidades, aunque todos dotados con un blindaje considerable, y el chasis en V para disipar los efectos de minas e IED,s.

### 3. La ejecución de la *Surge*

El teniente general David Petraeus había adquirido cierta fama de eficacia en la lucha contra la insurgencia durante el periodo 2003 – 2004 cuando estuvo al mando de la 101 División Aerotransportada en Mosul. La clásica estrategia de “ganar corazones y mentes” aplicada por su división, permitió mantener la ciudad en una calma que contrastaba con el caos de Bagdad. No obstante, todas estas ventajas se perdieron en noviembre de 2004, con Petraeus y la 101 ya fuera de Mosul, cuando miles de insurgentes huidos de Al Anbar tomaron la ciudad durante semanas.

Petraeus se hizo después cargo del Mando de Transición en Iraq, encargado de entrenar y equipar al nuevo ejército iraquí, y aquí tuvo que lidiar con una situación especialmente caótica. Destinado más tarde al Centro de Armas Combinadas en Fort Leavenworth (un destino relacionado con la doctrina y la enseñanza militar) Petraeus fue capaz de ponerse de nuevo en primera línea de la actualidad al revisar el manual de contrainsurgencia del US Army, recuperando conceptos clásicos como la necesidad de grandes contingentes de ocupación, el carácter prolongado en el tiempo de las operaciones contrainsurgencia, la unidad de mando o la interacción con los actores locales<sup>11</sup>. Una doctrina que chocaba frontalmente con el concepto de “guerra económica” de Donald Rumsfeld.

Todo este historial convirtió a Petraeus en uno de los mayores expertos en contrainsurgencia y en Irak de EEUU, y terminó por catapultarle al mando de la MNF-I. Su más directo colaborador era el también teniente general Raymond Odierno, jefe del Cuerpo Multinacional en Irak, en la práctica el mando de todas las fuerzas terrestres y encargado de las operaciones tácticas. Al contrario que Petraeus, Odierno tenía fama de líder muy agresivo, más interesado en matar insurgentes que en ganar corazones y mentes<sup>12</sup>. Pero la agresividad táctica de Odierno complementaba la moderación operacional y estratégica de Petraeus, y el equipo funcionó bastante bien.

El objetivo principal de la *Surge* era estabilizar la situación en Bagdad. La inestabilidad en la capital se consideraba el principal obstáculo para el correcto funcionamiento del gobierno iraquí, y el mayor riesgo para que el país continuase deslizándose hacia la guerra civil. Pero la rebelión de las tribus sunníes contra los yihadistas proporcionaba también una espléndida oportunidad para dar un golpe definitivo al enemigo principal de las fuerzas norteamericanas en el país, o al menos el único con el que no era posible ningún tipo de negociación: al-Qaida en Irak.

Los refuerzos previstos para la *Surge* no eran nada espectaculares. De hecho, el contingente norteamericano se aumentaba inicialmente en unos 22.000 efectivos, que después llegaron a los 30.000, un nivel que se había alcanzado con anterioridad durante los sucesivos procesos electorales con resultados poco decisivos. Los plazos de tiempo para ejecutar la nueva estrategia eran también muy limitados. El refuerzo

---

<sup>11</sup> El Manual Contrainsurgencia en el que trabajó Petraeus es el FM 3-24 y puede consultarse en <http://www.fas.org/irp/doddir/army/fm3-24.pdf>

<sup>12</sup> “Evolution of a US general in Irak” *Washington Post*. February 16, 2008

de tropas norteamericanas comenzaría en febrero de 2007 y finalizaría en junio de ese mismo año. Apenas tres meses después, en septiembre, tanto Petraeus como el embajador norteamericano en Irak, Crocker, tendrían que comparecer ante el Congreso para dar cuenta de los resultados obtenidos. Y, aunque las decisiones sobre las reducciones de tropas dependían de los resultados, se esperaba que a finales de 2007 pudiese iniciarse la desactivación de la *Surge*, llegándose en el verano de 2008 a los niveles de fuerzas previos a la misma, e incluso menos durante las elecciones presidenciales de noviembre.

Con estas duras limitaciones en fuerzas y tiempo, Petraeus tenía que concentrar su esfuerzo en una nueva actitud, y en un aprovechamiento exhaustivo de cualquier ventaja que pudiese proporcionarle la situación sobre el terreno. Pese a que nunca estuvo demasiado convencido de la eficacia de apoyar a las tribus del Despertar sunní, comprendió que eso suponía una gran ventaja en términos de ahorrar fuerzas en determinadas provincias para concentrarlas en la capital. Al mismo tiempo decidió terminar con la actitud de mínima presencia llevada a cabo por Casey. Las tropas norteamericanas debían salir de sus bases fortificadas, desplegarse en instalaciones menores situadas en los puntos conflictivos, aumentar el número de patrullas y, en definitiva, ganar “la batalla en las calles”. Inevitablemente eso suponía exponerse a un mayor número de bajas, como más tarde se confirmó, pero era de esperar que a medio plazo, la presión terminase por afectar seriamente la capacidad de los insurgentes para continuar con sus actividades.

Pese a que el plan preveía sobre todo una mayor implicación de las fuerzas norteamericanas, su razón de ser se encontraba en la progresiva asunción de funciones por parte de las fuerzas iraquíes. A nadie se le escapaba la naturaleza de último esfuerzo de la *Surge*, que sólo serviría para algo si lograba crear una ventana de oportunidad que permitiese al ejército y las fuerzas de seguridad iraquíes controlar la situación. Por eso se organizaron las unidades de tal forma que norteamericanos e iraquíes combatiesen juntos, e incluso en ocasiones algunas unidades de EEUU actuaran bajo mando iraquí. Las operaciones se planearon para combinarse con transferencias de mando a las autoridades iraquíes en aquellas provincias con un nivel de estabilidad suficiente, algo que se había iniciado ya en 2006 con las provincias menos problemáticas.

La mayor parte de los 30.000 nuevos efectivos se encuadraban en cinco nuevas brigadas, lo que elevaba el número de estas unidades en Irak a veinte. Dos de estas brigadas se desplegarían directamente en la capital, mientras las otras tres lo harían en las zonas adyacentes: las provincias de Diyala, Sala- ah- Din, Al Anbar y Babil. Las experiencias previas demostraban que incrementar la presión sólo en capital no conduciría a nada, pues los insurgentes se refugiarían en las zonas circundantes, esperando un mejor momento para regresar a Bagdad. Era preciso crear una gran tenaza que abarcara los alrededores la capital aplastando progresivamente a yihadistas, tribus sunníes aún hostiles y milicias shiíes, evitando que pudieran buscar refugio en sus feudos tradicionales.

En febrero de 2007, con las primeras tropas de refuerzo llegando todavía al teatro, comenzó la operación *Fard – al Qanoon*. En esencia se trataba de extender el despliegue de fuerzas estadounidenses e iraquíes desde sus posiciones habituales hacia las zonas más peligrosas de la capital. Esta extensión se llevaba a cabo mediante la instalación de puestos avanzados, pequeños puntos fortificados que las patrullas conjuntas utilizaban como base para patrullar e instalar puestos de control. Cuando la zona se aseguraba mínimamente, el puesto avanzado se ampliaba hasta convertirse en una Joint Security Station (Estación Conjunta de Seguridad) (JSS). En estas estaciones desplegaban no solo las patrullas militares norteamericano-iraquíes, sino también fuerzas de policía y equipos CIMIC, que intentaban llevar la sensación de seguridad y normalidad a la población civil. Se planearon miles de proyectos de desarrollo financiados con fondos CERP<sup>13</sup> para mejorar la calidad de vida de la población y ganar su apoyo.

La operación *Fard-al-Qanoon* no fue nada sencilla en un principio y las bajas mortales norteamericanas no bajaron de 80 al mes entre enero y marzo. Las bajas civiles fueron mucho mayores y se movieron en torno a las 3.000 al mes en febrero y marzo. Pero, aunque no se dispone de cifras fiables, las bajas entre los insurgentes y las milicias shiíes fueron muy considerables, y la presencia de las tropas de la MNF-I y el gobierno iraquí se consolidaba progresivamente en zonas antes inaccesibles.

Pero lo peor para las tropas norteamericanas estaba todavía por llegar. Si la lucha en Bagdad era difícil, en los alrededores de la capital se alcanzaron niveles sólo vistos durante la ofensiva de Fallujah en 2004. Entre abril y junio murieron 358 soldados aliados, 331 de ellos norteamericanos; el periodo con un mayor nivel de bajas de todo el conflicto<sup>14</sup>. Las fuerzas norteamericanas se encontraron con una fuerte resistencia en las zonas shiíes, donde la utilización de EFPs por parte de las milicias causó un gran número de bajas. La implicación de Irán en el abastecimiento de estos artefactos, y en el entrenamiento de algunos grupos selectos de las milicias shiíes estaba cada vez más clara. El arresto de algunos miembros de los grupos de operaciones especiales *Quds* iraníes dentro de Irak confirmó las sospechas, y contribuyó a tensar todavía más las relaciones de EEUU con Irán.

En abril y mayo las operaciones se extendieron tanto al norte de la capital, en la provincia de Diyala, donde se había refugiado un gran número de combatientes yihadistas, como al sur, al triángulo Mahmudiya-Latífiyah-Iskandariya, una zona de población mixta que albergaba tanto a insurgentes sunníes como a milicias shiíes.

En junio, con la mayor parte de las unidades de refuerzo ya operativas se lanzó la operación *Phantom Thunder*, en realidad un conjunto de operaciones simultáneas en diversas áreas. Para entonces, y pese al abultado número de bajas, los resultados comenzaban a hacerse visibles. El debilitamiento de los grupos yihadistas había

---

<sup>13</sup> CERP (Commander,s Emergency Response Program). Fondos puestos a disposición de los jefes de unidad para llevar a cabo proyectos de ayuda humanitaria y reconstrucción que ayuden a la consecución de los objetivos de cada operación.

<sup>14</sup> Las cifras de bajas han sido extraídas de [www.icasualties.org](http://www.icasualties.org)

permitido que el movimiento del Despertar sunní se extendiese fuera de Al Anbar. Muchas tribus decidieron negociar con los norteamericanos, que estaban dispuestos a proporcionar dinero, y un estatus semilegal a las milicias de los antiguos insurgentes. La respuesta de las organizaciones yihadistas fue muy violenta, provocando la muerte de decenas de jefes tribales. Pero, obligados a luchar en varios frentes, tuvieron que disminuir sus actividades, refugiándose principalmente en Mosul y la provincia de Diyala.

La extensión de las milicias de los Hijos de Irak, y las dificultades de al-Qaida permitieron concentrar esfuerzos contra las milicias shííes, especialmente el Ejército del Mahdi. Su líder Moqtada al Sadr intentó contrarrestar la ofensiva con llamamientos a sus milicias para concentrar su acción contra las fuerzas norteamericanas, evitando la lucha contra las facciones sunníes. Pero él mismo tenía que permanecer largo tiempo oculto debido a las múltiples amenazas contra su persona, y su liderazgo se debilitó. Algunas facciones del Ejército del Mahdi comenzaron a actuar con plena autonomía y la unidad de la organización amenazaba con quebrarse. La retirada de los ministros de su formación del gobierno de Al Maliki no tuvo un efecto excesivo. En agosto de 2007, cuando algunas facciones de sus milicias comenzaron a combatir contra otros grupos shííes causando cincuenta muertos en Kerbala, al-Sadr ordenó un alto el fuego temporal de seis meses.

Probablemente este fue el momento culminante de la *Surge*, y permitió a Petraeus presentar una visión moderadamente optimista de la situación en su comparecencia ante el Congreso en septiembre. Por un lado al-Qaida en Irak había sufrido graves pérdidas y se encontraba reducida a algunas zonas de influencia en el norte del país, donde era acosada tanto por los Hijos de Irak como por la operación norteamericana *Phantom Strike*, iniciada en agosto. Un gran número de tribus sunníes se había unido al movimiento antiyihadista, y paradójicamente Al Anbar era ahora una de las provincias más tranquilas. Y el Ejército del Mahdi, ante el riesgo de quedarse solo sufriendo el potente empuje de las fuerzas norteamericanas y gubernamentales, y dados los síntomas de desintegración, había optado por cesar sus actividades.

La situación tuvo un inmediato reflejo en las listas de bajas. En septiembre el número de soldados norteamericanos muertos descendió a 65, y a 38 en octubre. Las muertes de civiles también disminuyeron a menos de mil en septiembre, por primera vez en más de un año. Pero Petraeus no se mostró complaciente con los éxitos. En su comparecencia ante el Congreso el 12 de septiembre, junto al embajador Crocker, dejó claro que los progresos eran frágiles, por lo que era necesario mantener el nivel de fuerzas durante varios meses más. Las esperanzas de que en Navidad pudiese producirse un repliegue significativo se esfumaron. La *Surge* debía mantenerse hasta julio de 2008, cuando se regresaría a un nivel de fuerzas similar al de diciembre de 2006. Posteriores decisiones se tomarían teniendo en consideración la evolución de la situación, que Petraeus y Crocker expondrían de nuevo ante el Congreso en abril de 2008.

En el otoño de 2007, los niveles de violencia bajaron aún más, aunque seguían produciéndose de cuando en cuando atentados devastadores. La situación era ahora delicada, pues todos los grupos y milicias insurgentes estaban en proceso de reorganización tras las graves bajas sufridas en la primera mitad del año. Precisamente por eso eran más difíciles de localizar y destruir. Confundidos entre la población, reduciendo el perfil de sus acciones al mínimo y concentrándose en la supervivencia podían enquistarse en algunas zonas seguras esperando otra oportunidad para lanzarse de nuevo a la ofensiva. Quién más se beneficiaba de esta situación era el Ejército del Mahdi, ya que la calma relativa permitía a Al Sadr intentar reconstruir la unidad del grupo, mientras sus milicianos seguían consolidando su poder en la sombra en las zonas shiíes más deprimidas. Al-Qaida en Irak, sin embargo, se veía en graves dificultades por el acoso de las operaciones ofensivas norteamericanas sobre sus últimos reductos seguros en el norte del país, que continúan hasta la fecha. Y además por la rápida expansión de las milicias de los Hijos de Irak, que se habían extendido ya fuera de Al Anbar, incluyendo incluso algunos grupos shiíes.

Desde el verano de 2007, hasta su nombramiento como Jefe del Mando Central en mayo de 2008, la intención de Petraeus ha sido prolongar la *Surge* al máximo posible, y lograr que las fuerzas iraquíes emprendan operaciones independientes. Su éxito en alcanzar ambos objetivos ha sido relativo. En general, el presidente George Bush ha aprobado sus propuestas de mantener el nivel de tropas tan alto como sea posible, pero tanto el presidente como su general saben que eso sólo puede hacerse por unos meses más. En su segunda comparecencia ante el Congreso, en abril, Petraeus propuso que, una vez retiradas todas las tropas de la *Surge*, a finales de julio de 2008, debería producirse un periodo de evaluación de mes y medio antes de decidir posteriores reducciones. En términos prácticos eso significa que no habrá reducciones antes de las elecciones presidenciales de noviembre, y que el nivel de fuerzas se mantendrá sobre los 130.000 efectivos hasta fin de año<sup>15</sup>.

Desde el punto de vista operativo no cabe duda de que la postura de Petraeus es la correcta. Sólo manteniendo una fuerte presión por un tiempo prolongado podrá debilitarse a los grupos insurgentes lo suficiente como para que las fuerzas iraquíes puedan lidiar con ellos. Sin embargo, el tiempo se está acabando y la saturación de los recursos humanos de las fuerzas armadas se acelera. Pero la dureza de los partidarios de la *Surge* con sus tropas ha tenido también sus ventajas. Pese al agotamiento de los soldados, los despliegues reiterados y los turnos de quince meses han permitido aumentar en gran medida el conocimiento de la situación sobre el terreno, creando una generación de combatientes que conoce muy bien la situación en Irak, y que incluso es capaz de comenzar a comunicarse en árabe con la población local, habilidades esenciales para la lucha contra la insurgencia. La prolongación de los despliegues también ha permitido superponer diferentes rotaciones, haciendo ingeniería con los relevos y consiguiendo un número de soldados sobre el terreno mayor que el teóricamente autorizado.

---

<sup>15</sup> El discurso inicial de Petraeus ante el Congreso del 8 de Abril puede encontrarse en multitud de fuentes. Para este artículo se ha utilizado [http://www.realclearpolitics.com/articles/2008/04/gen\\_petraeus\\_testimony\\_to\\_the.html](http://www.realclearpolitics.com/articles/2008/04/gen_petraeus_testimony_to_the.html)

Las capacidades del ejército iraquí han mejorado sensiblemente en el último año, tanto en equipo y adiestramiento como en liderazgo. Actualmente hay más de 500.000 iraquíes sirviendo en el ejército y la policía. Pero todo este potencial y prestigio recién ganados mostraron su fragilidad en marzo pasado, cuando el gobierno de al- Maliki tomó por fin la decisión de actuar con dureza contra las milicias de Al Sadr. El intento de desalojarlas de las calles de Basora fue un costoso fracaso, en el que se mezclaron fallos de planeamiento y falta de fiabilidad de algunas unidades. Los milicianos incendiaron decenas de vehículos blindados que penetraron imprudentemente en las calles de la ciudad, poniendo a fuga a soldados y policías. No sólo eso sino que los incidentes provocaron una rebelión en el resto de los enclaves shiítas controlados por el Ejército del Mahdi, especialmente en el populoso barrio bagdabí de Al Sadr. Miles de soldados y policías se negaron a combatir contra las milicias, e incluso algunos cambiaron de bando, mostrando la poca fiabilidad de las fuerzas gubernamentales, y obligando a las tropas norteamericanas a apoyar de nuevo sus operaciones.

Sin embargo, las operaciones como la fracasada ofensiva en Basora, han mostrado al menos que el gobierno puede hacer gala de cierta energía, y también han servido de prueba de fuego para purgar las fuerzas militares y policiales de elementos poco fiables. En cierto manera han marcado el camino a seguir, y han enviado a Al Sadr la señal de que no puede esperar otra cosa más que una continua serie de ofensivas hasta que su milicia se desarme. No obstante, las fuerzas gubernamentales no pueden permitirse muchos más fracasos como el de Basora, y si no mejoran sus prestaciones pueden encaminarse hacia una progresiva desintegración.

#### **4. Las consecuencias**

A finales de abril el Secretario de Defensa Robert Gates anunciaba que propondría a Petraeus como nuevo jefe del Mando Estratégico Central tras la dimisión del Almirante Fallon. El Mando Central debe coordinar las operaciones *Iraqi Freedom* y *Enduring Freedom*, controlando las operaciones tanto en Irak como en Afganistán. Para sustituir a Petraeus, Gates proponía a Raymond Odierno. Así pues, el dúo que había conseguido resultados razonablemente buenos durante la *Surge*, saltaba un nivel en la cadena de mando manteniendo sus responsabilidades en el conflicto, que en el caso de Petraeus se extendían ahora también a Afganistán.

Ese movimiento era una confirmación de la satisfacción de la administración Bush por la estrategia aplicada. En términos generales, nadie se esperaba hace apenas un año que la *Surge* pudiese obtener una reducción tan notable de la violencia.

Sin embargo, un análisis más detallado de la situación arroja dudas sobre la sostenibilidad de los resultados del último año, dudas que el propio general Petraeus reconoce plenamente. El problema de la *Surge* es que, si bien sus planteamientos han sido correctos y su ejecución muy eficiente, se ha llevado a cabo demasiado tarde,



cuando la situación del país estaba ya profundamente deteriorada, y los recursos y la moral de EEUU se encontraban cerca del agotamiento. De haberse aplicado los mismos principios con la misma energía en la fase inicial del conflicto, podríamos estar ahora hablando de un resonante éxito geoestratégico norteamericano en Oriente Próximo. Pero en las actuales circunstancias, las autoridades de EEUU podrán darse con satisfechas con que la *Surge* sea suficiente para moderar los resultados negativos en Irak desde la calificación de desastre a la de simple revés.

El mayor escollo para que el éxito en las operaciones de 2007 pueda mantenerse en el tiempo se encuentra en la arena política. El panorama político iraquí se encuentra tan fragmentado, y los diferentes grupos mantienen diferencias tan profundas que resulta difícil que puedan llegar a un acuerdo que garantice un gobierno estable, capaz de tomar las decisiones, difíciles en muchos casos, que exige la situación. Pero incluso si llegase a formarse tal gobierno, quedaría el tema de su actitud hacia EEUU. No cabe duda de que tanto algunos grupos chiítas como los ex insurgentes del Despertar sunní mantienen una alianza puramente de conveniencia con las tropas norteamericanas, pero esa situación podría variar en cualquier momento. La intervención militar de EEUU tendría un lamentable final si su resultado fuese un Irak hostil, o excesivamente amistoso hacia potencias hostiles como Irán.

El segundo problema está enlazado con el anterior, y tiene que ver con las dificultades para formar unas fuerzas armadas y de seguridad nacionales realmente eficaces. Muchos policías y militares se mantienen más leales a sus intereses de tribu y confesión que a un estado del que dudan defiendan sus intereses y sea incluso viable. La desarticulación de las instituciones iraquíes en el primer año del conflicto obligó a crearlas de nuevo casi desde cero. Y la escasez de medios y energías que inicialmente se emplearon para ello ha provocado defectos estructurales de difícil resolución. El hecho de que muchos grupos de antiguos insurgentes hayan alcanzado un estatus legal similar al de las fuerzas de seguridad, pese a los evidentes beneficios a corto plazo, afectará a la larga a la autoridad y prestigio de estas últimas.

El arrinconamiento de al-Qaida es sin duda una buena noticia. De hecho, el escenario más negativo para EEUU sería un Irak desarticulado e ingobernable en el que los yihadistas campasen a sus anchas. Prácticamente cualquier otro resultado es preferible a éste, incluso que Irán o Siria se convirtiesen en los grandes beneficiarios del conflicto. Pero suponer que al-Qaida en Irak está completamente acabada resulta harto optimista. La organización ha mostrado una extraordinaria capacidad de supervivencia en el pasado. Y probablemente puede enquistarse durante años en actividades de bajo perfil, esperando de nuevo su oportunidad. El futuro puede brindarle buenas posibilidades de reactivación. Por ejemplo, un enfrentamiento entre sunníes y shiíes arrojaría a los primeros de nuevo en brazos de al-Qaida, pues su capacidad para proporcionar fondos y voluntarios no resultaría nada desdeñable en un conflicto civil.

El Kurdistán iraquí, pese a que ha supuesto un modelo en cuanto a estabilidad en los últimos años, es también un polvorín en fase de combustión lenta. El

renacimiento del PKK, y su ofensiva en Turquía ha terminado por provocar violentas, aunque todavía limitadas, incursiones del ejército turco dentro de Irak. El reparto de la riqueza petrolífera de la zona, la capitalidad de Kirkuk, o la definición de un estatuto de autonomía kurdo son temas lo suficientemente delicados como para desatar la violencia a múltiples bandas.

En definitiva, hay que pensar que la *Surge* fue concebida como una estrategia de salida, y su objetivo era lograr una situación de seguridad aceptable que permitiese una reducción sensible de efectivos. En este sentido ha funcionado razonablemente bien, pero los equilibrios obtenidos son tan frágiles que el propio Petraeus ha intentado e intentará mantener una importante presencia de tropas el mayor tiempo posible, consciente de la necesidad de consolidar los resultados. Las elecciones de noviembre, y las decisiones que tome el nuevo presidente no marcarán tanto la estrategia en Irak, como la estrategia de repliegue. Muy progresivo si gana McCain, y más apresurado si lo hace uno de los candidatos demócratas. EEUU difícilmente puede permitirse una repetición de la *Surge*, y las prioridades estratégicas del Pentágono parecen orientarse ahora hacia Afganistán, otro conflicto que no acaba de salir de una situación de progresivo deterioro.

## Athena Intelligence Journal

### Instrucciones para los autores:

- Los artículos deben ser originales y no haber sido enviados al mismo tiempo a otra revista para su publicación.
- Los trabajos se remitirán a la dirección [publications@athenaintelligence.org](mailto:publications@athenaintelligence.org). Una vez recibidos, se enviará una copia anónima del artículo a dos evaluadores externos. La respuesta positiva o negativa se realizará en un plazo aproximado de dos semanas desde su recepción

### Normas de presentación de los artículos:

- Pueden estar escritos en inglés o en español
- Se recomienda que no excedan las 14.000 palabras (incluyendo la bibliografía)
- Deben estar escritos a un espacio, en letra Garamond tamaño 13, y con un espacio de separación entre párrafos
- Pueden contener gráficos y tablas insertados dentro del texto
- Además del texto debe enviarse un resumen no superior a 150 palabras en inglés y en español, más 5 ó 6 palabras clave en inglés y español
- También se adjuntará una breve biografía del autor que aparecerá en el documento. Si lo desea, el autor puede incluir su e-mail para que los lectores interesados se pongan en contacto con él.
- Los artículos pueden estar divididos en epígrafes y subepígrafes hasta un tercer nivel. El primer y segundo nivel irán numerados en arábigo, negrita y minúsculas, y el tercer nivel en arábigo, minúsculas y cursiva sin negrita.

### Estilo de las referencias bibliográficas (se colocarán en notas al final del documento):

- *Artículos*: Shaun Gregory, "France and the War on Terrorism", *Terrorism and Political Violence*, Vol.15, No.1 (Spring 2003), pp.124-147
- *Libros*: Peter L. Bergen, *The Osama bin Laden I Know*, (New York: Free Press, 2006)
- *Capítulos de libro*: Mohammed M. Hafez, "From Marginalization to Massacres. A Political Process Explanation of GIA Violence in Algeria", Quintan Wiktorowicz, (ed.) *Islamic Activism. A Social Movement Theory Approach*, (Bloomington & Indianapolis: Indiana University Press, 2004), pp. 37-60

### Recensiones de libros:

Athena Intelligence Journal admite la publicación de recensiones de libros relacionados con la temática de la revista. Su extensión no superará las tres mil palabras y serán enviadas por e-mail a la dirección: [publications@athenaintelligence.org](mailto:publications@athenaintelligence.org). También pueden enviarse libros para su recensión al Comité Editorial de la revista. La dirección postal para el envío de libros es: Prof. Dr. Javier Jordán. Departamento de Ciencia Política y de la Administración. Universidad de Granada. C/Rector López Argüeta, 4. 18071-Granada (España).